



Iglesia y Eucaristía

Meditación teológica a la luz de la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*

Santiago GARCÍA ACUÑA

Facultad de Teología San Dámaso. Madrid

Resumen: La **Iglesia** y la **Eucaristía** nacen de una misma y única fuente: de Jesucristo en el misterio de su **Pascua**. La Iglesia-comunión nace del Misterio Pascual de Jesucristo como don y como **misión**. En cumplimiento de su misión —el misterio de la **unidad** en Jesucristo—, la Iglesia hace la Eucaristía, cuya celebración está vinculada esencialmente al **ministerio apostólico**. El sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio real de todos los cristianos; pues haciendo presente a Jesucristo sacerdote, víctima y altar, garantiza la participación sacrificial de todos los bautizados en el **sacrificio** del «Cordero Pascual», fundamento y centro de la Eucaristía, en un «culto al Padre en espíritu y en verdad». Ofreciéndose con y según Jesucristo al Padre, la Iglesia celebra santamente la **liturgia** de la Eucaristía, cada cristiano de acuerdo con su función propia en la acción litúrgica.

Palabras claves: *Eclesiología, Eucaristía.*

Summary: The **Church** and the **Eucharist** are born from the same and only fount: Jesus Christ in the Mystery of his **Passover**. The Church-Communion is born from the Paschal Mystery of Jesus Christ as **gift and mission**. In fulfilling her mission —the mystery of **unity** in Jesus Christ—, the Church makes the Eucharist, which celebration is essentially linked to the **apostolic ministry**. The ministerial priesthood is in the service of the royal priesthood of all the Christians; this way, making Jesus Christ —priest, victim and altar— present, it guarantees the sacrificial participation of all the baptized in the **sacrifice** of the «Paschal Lamb», foundation and core of the Eucharist, in a «worship to the Father in spirit and truth». Offering herself to the Father, together with Jesus Christ and according to him, the Church celebrates in holiness the **liturgy** of the Eucharist; each Christian according to his/her own function in the liturgical action.

Key words: *Ecclesiology, Eucharist.*

INTRODUCCIÓN

Movido por el amor pastoral y por el ministerio petrino que pesaba sobre él, y dentro del marco del vigésimo quinto año de su pontificado, Juan Pablo II, de feliz y santa memoria, sintió la necesidad de confirmar la fe de todos los cristianos en una verdad que «encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia»¹: «*Ecclesia de Eucharistia*». «La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada»². La Eucaristía es el centro vital de la Iglesia.

Siguiendo la enseñanza del Magisterio de la Iglesia y la reflexión teológica de grandes pensadores cristianos, este artículo quiere ser una presentación de las cuestiones dogmáticas centrales que vertebran la Carta Encíclica de Juan Pablo II «sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia».

El Papa en *Ecclesia de Eucharistia* ha vuelto a exponer la profunda relación que guardan entre sí el misterio de la Eucaristía y el misterio de la Iglesia. Si por un lado, la Eucaristía edifica la Iglesia, por otro lado, la Iglesia celebra la Eucaristía.

En efecto, como puso de relieve Henri de Lubac, pensando el misterio cristiano a la luz de la teología de los Padres de la Iglesia, se puede afirmar que hay una causalidad recíproca entre Iglesia y Eucaristía. «Puede decirse que el Salvador ha confiado la una a la otra. Es la Iglesia la que hace la Eucaristía; pero es también la Eucaristía la que hace la Iglesia. En el primer caso, [la Iglesia que hace la Eucaristía] es la Iglesia [...] en sus sentido activo, en el ejercicio de su poder de santificación; en el segundo, [la Iglesia que es hecha por la Eucaristía], se trata de la Iglesia en su sentido pasivo, de la Iglesia de los santificados. Y en virtud de esta misteriosa interacción, es el Cuerpo único, en fin de cuentas, el que se construye, en las condiciones de la vida presente, hasta el día de su definitiva perfección»³.

La recíproca implicación y la relación mutua entre el misterio de la Eucaristía y el misterio de la Iglesia se sitúan en el corazón mismo de la acción redentora y salvadora de Jesucristo: en el Misterio Pascual. Tanto la Iglesia como la Eucaristía tienen su origen en él⁴. Por eso, la contemplación de la muerte de Jesucristo *pro nobis* y de su resurrección gloriosa sustenta todo el desarrollo de la Carta Encíclica de Juan Pablo II sobre la Eucaristía.

A partir del acercamiento al contenido de *Ecclesia de Eucharistia*, nos adentraremos en la temática, de carácter eminentemente práctico, de la Instrucción *Redemptionis Sacramentum*, de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la Santísima Eucaristía. Esta Instrucción, fechada el 25 de marzo de 2004, solemnidad de la Anunciación del Señor, está en conexión directa con la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Del contenido teológico y dogmático de la Eucaristía y de la Iglesia, se sigue para ésta la normativa sobre la correcta celebración de aquella. De ahí la afirmación contenida en el mismo texto de *Redemptionis Sacramentum*: «Lo que en esta Instrucción se expone, debe ser leído en continuidad con la mencionada Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*»⁵.

1 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 1. (Desde ahora se citará con las siglas 'EE')

2 EE, 6.

3 H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro (Madrid 1980) 112.

4 Cfr. EE, 3.

5 CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instrucción *Redemptionis Sacramentum*, 2. (Desde ahora se citará con las siglas 'RS')

Tres serán, por tanto, los temas que vamos a tratar:

- 1) La Eucaristía edifica la Iglesia.
- 2) La Iglesia hace la Eucaristía. La apostolicidad de la Eucaristía y de la Iglesia.
- 3) La adecuada celebración litúrgica de la Eucaristía en conformidad a su esencia cristológica y eclesiológica.

1. LA EUCHARISTÍA EDIFICA LA IGLESIA

Jesús, la víspera de su pasión, reunido con los Apóstoles en el Cenáculo, celebró la Última Cena. «Mientras comían —nos relata el Evangelio de Mateo—, Jesús cogió pan, rezó la bendición, lo partió, lo dio a los discípulos y dijo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo”. Y cogió un vaso, rezó la acción de gracias y se lo dio, diciendo: “Bebed de él todos, pues esto es mi sangre de la alianza, derramada a favor de muchos para perdón de los pecados”» (Mt 26,26-28). Las mismas palabras de Jesús nos las transmite el Evangelio según san Marcos. En el texto de san Lucas, al igual que en la *Primera Carta de San Pablo a los Corintios* (1Cor 11,23-26) encontramos, dentro de la coincidencia en las palabras de Jesucristo y en lo esencial del hecho, la determinación de la alianza sellada con la sangre de Cristo como Alianza Nueva (cfr. Lc 22,20), y también el mandato dado a los Apóstoles por Jesús de actualizar a lo largo de todos los tiempos esta entrega de sí mismo *pro nobis*: «Esto es mi cuerpo, entregado en favor vuestro; haced esto en memoria de mí» (Lc 22,19)

Las palabras de la predicación de Jesús sobre «el pan vivo bajado del cielo», que san Juan nos transmite en el capítulo sexto de su Evangelio, nos hablan del misterio de comunión que realiza la Eucaristía: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí, y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, así el que me come también vivirá por mí» (Jn 6,56). Los relatos de la institución de la Eucaristía resaltan por la fórmula imperativa con que Jesús llama a los discípulos a entrar en comunión con Él: «tomad y comed», «tomad y bebed». Pero es un imperativo que nace de un indicativo, de un ofrecimiento: «esto es mi cuerpo», «esto es mi sangre». Jesucristo llama a entrar en comunión con Él a través de su «cuerpo entregado» y de su «sangre derramada» *pro nobis*, es decir, con la fuerza y la debilidad de su entrega, de su servicio, de su amor hacia nosotros. No es, por tanto, un mandato que se impone, sino una invitación que interpela al hombre en su libertad con un amor que ama hasta el extremo y que es más fuerte que la muerte, para que, acogiendo el don, viva de la comunión en él.

Si con su encarnación el Verbo preexistente se ha unido en cierto modo a todo hombre, la comunión de Dios con los hombres y de los hombres con Dios, por una parte, y de los hombres entre sí, por otra, la restablece el Verbo encarnado, elevándola al ámbito sobrenatural, con su muerte y su resurrección. El muro que los separaba, el pecado del hombre, ha sido derribado por Jesucristo en el Triduo Pascual, situando la relación y la comunión tanto respecto de Dios como de los demás en el misterio insondable de la unidad trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

1.1. El Misterio Pascual, fuente de la Iglesia como comunión

La Iglesia es el misterio de la comunión de los hombres en la vida Jesucristo. La esencia misma del misterio de la Iglesia es la comunión de amor y de fe en Jesucristo. La *koinonía*,

la comunión de los hombres con Dios, y de los hombres entre sí, en Jesucristo, constituye el núcleo del misterio de la Iglesia.

La revelación de Jesucristo nos conduce «al lugar más interior, donde Él habita [...], en el seno del Padre»⁶, prolongando hacia nosotros la vida de comunión eterna que el Padre guarda con Él, y Él con el Padre, en el Espíritu Santo. Los cristianos somos vinculados al Padre al ser introducidos en la vida del Hijo encarnado por la acción santificante del Espíritu. La comunión divina de la Trinidad Santa es la fuente y la meta de la unidad de los cristianos en Jesucristo. «Esta comunión es el mismo misterio de la Iglesia, como lo recuerda el Concilio Vaticano II, con la célebre expresión de San Cipriano: “La Iglesia universal se presenta como un pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”»⁷. Por eso, la Iglesia en cuanto comunidad de personas unidas en la fe y en el amor de Jesucristo es imagen de la misma comunión del Hijo con el Padre en el don del Espíritu Santo.

«El sentido y la finalidad de la Iglesia es esta comunión de vida con la Santísima Trinidad»⁸. Y como la vida trinitaria se nos comunica en Jesucristo, el Verbo encarnado, «llegar a ser Iglesia significa en lo más profundo: participar en la condición de Hijo que Jesús tiene»⁹. De ahí que a la hora de preguntarse sobre el «acta fundacional» de la Iglesia, «la cuestión sobre cómo Cristo comunicó su vida, sobre cómo hace partícipe de su vida», tiene primacía sobre los hitos cronológicos de su institución, pues «tal es la verdadera “fundación de la Iglesia” por Jesús»¹⁰.

La entrega que Jesús hace de su vida «por nosotros» llega hasta el extremo en el Misterio Pascual. «Cristo no vivió su vida para sí mismo, sino para nosotros, desde su encarnación “por nosotros los hombres y por nuestra salvación” hasta su muerte «por nuestros pecados» (1 Cor 15,3) y en su Resurrección para nuestra justificación (Rom 4,25)»¹¹. Hay que afirmar, por tanto, que el fundamento y el hontanar de la Iglesia es todo el *Triduum paschale*. Ahora bien, el Misterio Pascual «está como incluido, anticipado, y “concentrado” para siempre en el don eucarístico»¹². *Ecclesia ex latere Christi*. «La Iglesia nace sobre la cruz»¹³. Como señala el Catecismo de la Iglesia Católica, siguiendo la enseñanza patristica recogida por el Concilio Vaticano II, «la Iglesia ha nacido principalmente del don total de Cristo por nuestra salvación, anticipado en la institución de la Eucaristía y realizado en la Cruz. “El agua y la sangre que brotan del costado abierto de Jesús crucificado son signo de este comienzo y crecimiento”. “Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia”. Del mismo modo que Eva fue formada del costado de Adán adormecido, así la Iglesia nació del corazón traspasado de Cristo muerto en la Cruz»¹⁴.

El Misterio Pascual no puede ser considerado como un mero principio cronológico de la Iglesia, que cabría dejar atrás como hecho pasado, sin más referencia a él que la del recuerdo de algo que se guarda en los anales de la historia eclesial. ¡No!, el *Triduum paschale* es y será siempre el principio fontal de Iglesia. La realidad eclesial tiene en el Misterio Pascual

6 CH. SCHÖNBORN, *Amar a la Iglesia*, B.A.C. (Madrid 1997) 15.

7 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifidelis Laici*, 18. (Desde ahora citado con las siglas 'ChF').

8 CH. SCHÖNBORN, *Amar a la Iglesia...*, 107.

9 *Ibidem*, 109-110.

10 CH. SCHÖNBORN, *Amar a la Iglesia...*, 108.

11 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 520. (Desde ahora citado con las siglas 'CEC').

12 EE, 5.

13 H.U. VON BALTHASAR, *Seriedad con las cosas. Córdula o el caso auténtico*, Sígueme (Salamanca 1968) 35.

14 CEC, 766.

su principio permanente, de él procede y de él vive constantemente. Por eso Jesucristo «puso en lo más íntimo de la Iglesia el misterio de la Eucaristía. En ella se hace presente la hora del nacimiento de la Iglesia, que coincide con la hora de la vigilia de la muerte. La Iglesia celebra su nacimiento no como la que es, sino como la que se hace, como la que surge una y otra vez en el sacrificio, la consagración y la comida, y ello en el acontecimiento de la muerte del Señor: “Porque cuantas veces coméis este pan y bebéis el cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga” (1Cor 11,26)»¹⁵.

Con el don de la Eucaristía, como afirma Juan Pablo II en *Ecclesia de Eucharistia*, «Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización perenne del Misterio Pascual. Con él instituyó una misteriosa “contemporaneidad” entre aquel *Triduum* y el transcurrir de todo los siglos»¹⁶. El Espíritu Santo, con el que fue ungido el Verbo encarnado en orden a la realización de su misión en el mundo, realiza la universalización eucarística «del cuerpo y de la sangre» de Jesucristo, que abarca todo su ser y toda su misión, actualizando así el Misterio pascual. Por la acción del Espíritu Santo, la Eucaristía hace presente de modo sacramental la muerte y la resurrección de Jesucristo en el transcurrir de los tiempos. El don de la Eucaristía es la presencialidad histórica de este misterio espiritual y corpóreo a la vez, a fin que los hombres puedan ser introducidos subjetivamente en él, y consecuentemente, puedan participar de la vida de comunión trinitaria. Con la Eucaristía, «la Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él [...] en un contacto actual»¹⁷. Así, «la Iglesia, que celebra la Eucaristía, nace de la Eucaristía como Cuerpo de Cristo en la historia»¹⁸.

La Iglesia está fundada dentro de este acontecimiento de redención, que el sacramento de la Eucaristía repristina en cuanto memorial de la muerte y la resurrección de Jesucristo¹⁹. Desde la Eucaristía se comprende que el misterio unitario de muerte y resurrección de Jesucristo (su glorificación) es un acontecimiento que no pueden dejarse a tras como si perteneciese a un tiempo pasado para la Iglesia. El Misterio Pascual constituye el evento último (escatológico) y, por tanto, definitivo, en el que la Iglesia y los cristianos son introducidos para que participen de él²⁰. De ahí que la vida de la Iglesia y, en ella, la de cada cristiano, tenga como centro la Eucaristía. La Iglesia no cesa jamás de revivir la muerte de Jesucristo en la cruz y su resurrección, «que constituyen el contenido de la vida cotidiana de la Iglesia. En efecto, por mandato del mismo Cristo, su Maestro, la Iglesia celebra incesantemente la Eucaristía, encontrando en ella la “fuente de la vida y de la santidad”»²¹. Toda la vida de la Iglesia como sacramento universal de salvación está unida y ordenada a la Eucaristía, pues «la sagrada Eucaristía [...] contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua»²². La Iglesia se debe al Misterio Pascual, que se halla presente sacramentalmente en la Eucaristía. De ahí que el sacrificio eucarístico sea «fuente y cima de toda la vida cristiana»²³.

Es san Juan quien nos ha transmitido en su *Evangelio* el hecho del costado abierto de Cristo crucificado: «Al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que

15 H.U. VON BALTHASAR, *Seriedad con las cosas...*, 43.

16 EE, 5.

17 EE, 12.

18 B. FORTE, *La Iglesia, icono de la Trinidad. Breve eclesiología*, Sígueme (Salamanca 1997) 27.

19 Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 2.

20 H.U. VON BALTHASAR, *Seriedad con las cosas...*, 47.

21 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, 21. (Desde ahora citado con las siglas ‘RH’)

22 CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum ordinis*, 5.

23 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 11.

uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza, y en seguida salió sangre y agua» (*Jn* 19,33-34). Y comenta el mismo san Juan en su *Primera Epístola*: Jesucristo «es el que vino por agua y por sangre; no el agua solamente, sino en el agua y en la sangre. Y el Espíritu es quien testifica, porque el Espíritu es la verdad» (*1Jn* 5,6). Unido al don del agua y de la sangre, está el don del Espíritu. «En el don hecho por el Hijo se completan la revelación y la dávida del amor eterno: *el Espíritu Santo*, que [...] por obra del Hijo, es decir, mediante el misterio pascual, es dado de un modo nuevo a los Apóstoles y a la Iglesia y, por medio de ellos, a la humanidad y al mundo entero. La expresión definitiva de este misterio tiene lugar *el día de la Resurrección*. Este día, Jesús de Nazaret, “nacido del linaje de David”, como escribe el apóstol Pablo, es “constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos” (*Rom* 1,3s.)»²⁴.

Jesús, durante la Última Cena, al mismo tiempo que comunica su «partida», anuncia su nueva «venida». «Dice textualmente: No os dejaré huérfanos; *volveré a vosotros*” (*Jn* 14,18). Y en el momento de la despedida definitiva, antes de subir al cielo, repetirá aun más explícitamente: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt* 28,20). Esta nueva “venida” de Cristo [...] se cumple por obra del Espíritu Santo, el cual hace que Cristo, que se ha ido, venga ahora y siempre de un modo nuevo. Esta nueva venida de Cristo por obra del Espíritu Santo y constante presencia y acción en la vida espiritual, se realizan *en la realidad sacramental*. En ella Cristo, que se ha ido en su humanidad visible, viene, está presente y actúa en la Iglesia de una manera tan íntima que la constituye como Cuerpo suyo»²⁵.

«La expresión sacramental más completa de la partida de Cristo por medio del misterio de la Cruz y de la Resurrección es *la Eucaristía*. En ella se realiza sacramentalmente cada vez su venida y su presencia salvífica: en el Sacrificio y en la Comunión. Se realiza por obra del Espíritu Santo, dentro de su propia misión»²⁶. «Efectivamente, el sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía “pan de vida” (*Jn* 6,35.48), “pan vivo” (*Jn* 6,51)»²⁷. Como la “presencialidad” sacramental y real de Jesucristo muerto y resucitado en la Eucaristía es obra del Espíritu Santo, se puede decir, con palabras de san Efreem, que en el pan eucarístico está escondido el Espíritu que no se come, y que en el vino eucarístico habita el Fuego que no se bebe²⁸, de tal modo que «por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu»²⁹.

Si el Bautismo realiza la incorporación mística y real del hombre al cuerpo crucificado y glorioso de Jesús, la Eucaristía cumple y sustenta dinámicamente la misteriosa unidad de los discípulos de Jesucristo con Él. Es más, la íntima comunión del cristiano con el cuerpo de Cristo produce la unión vital de los discípulos entre sí. Nos dice san Pablo: «El cáliz de nuestra Acción de Gracias, ¿no nos une a todos en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos

24 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dominum et vivificantem*, 23-24. (Desde ahora se citará con las siglas ‘DV’).

25 DV, 61.

26 DV, 62. «Es lo que expresa la «Epiclesis» antes de la Consagración: «Santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor (*Plegaria eucarística II*)». *Ibidem*, nota 270.

27 EE, 14.

28 Cfr. SAN EFREM, *Himno a la fe*, 10.

29 EE, 17.

un solo cuerpo, porque todos comemos del mismo pan» (1Cor 10,16-17). La unidad de cuantos creen en Jesucristo se edifica y se fortalece con la participación en el misterio eucarístico. La Eucaristía une a los cristianos en un solo «cuerpo» con un mismo espíritu, pues «el que se une al Señor es un solo espíritu con él» (1Cor 6,17). «Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como también fuisteis llamados, por vuestra vocación, a una sola esperanza» (Ef 4,4). De la comunión en el Cuerpo y en el Espíritu de Jesucristo, brota la comunicación de los bienes materiales entre los discípulos, según las necesidades de cada uno. En efecto, «hay que ser un solo corazón y una sola alma para “poder tener todo en común”»³⁰.

Del costado abierto de Jesucristo, el manso y humilde de corazón, nace la Alianza Nueva. Una alianza que el profeta Jeremías (Jr 31,31) anunció como el pacto de la «Ley de Dios», que no es otra que su Amor, inscrita en el corazón de cada hombre por el Espíritu Santo, que realiza la transformación de los corazones de piedra en corazones de carne (Ez 36,27). Esto significa que la Nueva Alianza es ante todo la alianza de los corazones humanos en el Corazón divino-humano de Jesucristo abierto en la Cruz, que vive en todo del Amor Trinitario. La Nueva Alianza está fundada en el vínculo de la unidad consumada: en el Amor Absoluto y Trinitario de Dios revelado en la muerte gloriosa del Verbo encarnado. Este amor es la savia que regenera y santifica y da unidad a los corazones desgarrados de los hombres. La Nueva Alianza es el Corazón del mundo, sea éste consciente o no de ello. El mundo late y tiene vida porque en él palpita la Nueva Alianza, la Iglesia. Como afirma el Concilio Vaticano II, la Iglesia constituye en la tierra «el germen y el principio» del reino de Cristo y de Dios³¹. «La Eucaristía nos acerca siempre a aquel amor que es más fuerte que la muerte: en efecto, “cada vez que comemos de este pan o bebemos de este cáliz” no sólo anunciamos la muerte del Redentor, sino que además en el Corazón de Cristo proclamamos su resurrección, mientras esperamos su venida en la gloria. El mismo rito eucarístico, celebrado en memoria de quien en su misión mesiánica nos ha revelado al Padre, por medio de la palabra y de la cruz, atestigua el amor inagotable, en virtud del cual Él desea siempre unirse e identificarse con nosotros, saliendo al encuentro de todos los corazones humanos»³².

El sacrificio de Jesucristo en la cruz es el «sacrificio de la nueva y eterna Alianza». Una alianza cuya dimensión vertical, la comunión de los hombre con Dios, y su dimensión horizontal, la unión de los hombres entre sí, están selladas con la sangre derramada de Jesús, y están constituidas en su cuerpo entregado. En la Eucaristía, por la acción del Espíritu Santo, se hace «contemporáneos» el cuerpo entregado y la sangre derramada de Jesucristo en la cruz, y con ellos la nueva y definitiva Alianza. La fuerza y el poder unitivos de la acción salvífica realizada por Jesucristo en el misterio de la cruz se expresan y se concretan en forma sacramental, sobre todo en la Eucaristía. La Eucaristía es el sacramento más perfecto de la comunión del hombre con Jesucristo muerto y resucitado, con el Cordero degollado y glorioso. «Nos unimos siempre por medio del acto redentor de su sacrificio, por medio del cual Él nos ha redimido»³³ de nuestros pecados y nos ha dado vida eterna. Por eso, «la presencia eucarística de Cristo, su sacramental “estoy con vosotros”, permite a la Iglesia *descubrir* cada vez más profundamente su *propio misterio*, como atestigua toda la eclesiología del Concilio Vaticano II, para el cual “la

30 H.U. VON BALTHASAR, *Estados de vida del cristiano*, Encuentro (Madrid 1994) 81.

31 Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 5.

32 JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dives in misericordia*, 81.

33 RH, 83.

Iglesia es en Cristo un sacramento, o sea signo o instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). Como sacramento, la Iglesia se desarrolla desde el misterio pascual de la “partida” de Cristo, viviendo de su “venida” siempre nueva por obra del Espíritu Santo, dentro de la misma misión del Paráclito-Espíritu de la verdad. Este es precisamente el misterio esencial de la Iglesia como proclama el Concilio»³⁴.

La realización efectiva del designio de comunión trazado libremente por Dios desde el principio —por el que el hombre ha sido elegido en Cristo, antes de la creación del mundo, para que sea santo e inmaculado en su presencia por el amor (cfr. Ef 1,4)—, se llama y es la Iglesia³⁵. «La realidad de la Iglesia-comunión [...] representa el contenido central del “misterio”, o sea, del designio divino de salvación de la humanidad». En este sentido, los Padres de la Iglesia veían a ésta en Dios, antes del comienzo del mundo. En el *Pastor de Hermas* la Iglesia es contemplada en revelación como una mujer anciana, porque «Ella existía antes de que el mundo fuera, y el mundo fue creado para ella»³⁶. «Dios creó el mundo en orden a la comunión en su vida divina, “comunión” que se realiza mediante la “convocación” de los hombres en Cristo, y esta “convocación” es la Iglesia. La Iglesia es la finalidad de todas las cosas»³⁷. El mundo ha sido creado en orden a la Iglesia, pues la intención de Dios, como señala Clemente de Alejandría, «es la salvación de los hombres y se llama Iglesia»³⁸. «*Finis omnium Ecclesia*. La Iglesia tiene el mismo alcance que el plan de Dios para la creación; es la “razón interna” de la creación»³⁹, «y en ella alcanza su consumación»⁴⁰. «La Iglesia es, por tanto, la humanidad nueva, la unidad de los hombres configurados con Cristo, la humanidad que corresponde perfectamente al designio divino. De modo que si todos los hombres son llamados por Dios a vivir en comunión con Él, todos los hombres son llamados a ser Iglesia»⁴¹. Jesucristo, «el sumo y eterno Sacerdote, entrando en el santuario eterno mediante la sangre de su Cruz, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida [...]: el mundo nacido de las manos de Dios creador retorna a Él redimido por Cristo»⁴². La Eucaristía, en cuanto sacramento por excelencia del misterio pascual, pues lo anticipó en la Última Cena y lo actualiza en la historia del mundo, posee un carácter universal y «cósmico»: «Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación»⁴³. La Nueva Alianza lleva a toda la creación hacia el interior de la comunión con Dios⁴⁴.

En la Eucaristía recibimos en prenda la vida eterna, como primicia de la resurrección futura, porque nos alimentamos de la carne y de la sangre gloriosas de Jesucristo muerto y resucitado. Es una verdadera *inchoatio vitae aeternae*. La Eucaristía proyecta y tensiona la vida de la Iglesia, de cada cristiano y del mundo hacia el *Eschaton*, uniendo la Iglesia Peregrina a la Iglesia celeste, y poniendo en aquélla una fuente viva de esperanza de alcanzar también ella, y con ella toda la creación, la condición gloriosa.

34 DV, 63.

35 Cfr. CH. SCHÖNBORN, *Amar a la Iglesia*, B.A.C. (Madrid 1997) 15.

36 *El Pastor de Hermas*, *Visión II*, c.4, n.1. Cfr. H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia...*, 60.

37 CEC, 760.

38 CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *El Pedagogo*, 1, 6, 27. Citado en CEC, 760.

39 CH. SCHÖNBORN, *Amar a la Iglesia...*, 25.

40 *Ibidem*, 30.

41 S. GARCÍA ACUÑA, *El designio de Dios en Cristo. Estudio ético-teológico sobre el Comentario de Santo Tomás al Evangelio de san Juan*, Tesis de Licenciatura *pro manuscripto*, Pontificia Universidad Lateranense (Roma 1994) 79.

42 EE, 8. Cfr. CEC, 686.

43 EE, 8.

44 Cfr. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Cristiandad (Madrid 2002) 47ss.

La Eucaristía es fuente constante de la Iglesia en cuanto «Comunión de los Santos». «La comunión del cuerpo eucarístico de Cristo significa y produce, es decir, edifica, la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia»⁴⁵. «Por esta relación vital con el sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor, el misterio de la Iglesia es anunciado, gustado y vivido de manera insuperable en la Eucaristía»⁴⁶. La comunión viva de los cristianos con Jesucristo en la Eucaristía construye y manifiesta⁴⁷ la Iglesia, la *sanctorum communionem*. En efecto, «Iglesia quiere decir comunión de los santos. Y comunión de los santos quiere decir una doble participación vital: la incorporación de los cristianos a la vida de Cristo, y la circulación de una idéntica caridad en todos los fieles, en este y en el otro mundo. Unión a Cristo y en Cristo; y unión entre los cristianos dentro de la Iglesia»⁴⁸.

Desde esta perspectiva se puede afirmar que la Iglesia como misterio de comunión es una «comunidad eucarística», pues todo cristiano y toda comunidad cristiana encuentran en la Eucaristía «la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia»⁴⁹. «La *communio eucharistica* [...] se convierte en *communio sanctorum*»⁵⁰. La Iglesia misterio-de-comunión vive constantemente de la Eucaristía. «La Eucaristía se comprende, por tanto, como plenitud dinámico-eclesiológica; es el acontecimiento vivo a través del cual la Iglesia renueva constantemente su carácter de iglesia»⁵¹. «La Eucaristía significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios por las que la Iglesia es ella misma»⁵². Por eso, «si la Iglesia es [...] la “plenitud” de Cristo, Cristo en su Eucaristía es con toda verdad el corazón de la Iglesia»⁵³ y, desde ella, el corazón del mundo.

1.2. La Iglesia-comunión nace del Misterio Pascual de Jesucristo como don y como misión

La comprensión de la Iglesia como misterio de comunión nacido del Misterio Pascual presupone una adecuada percepción del significado del «*pro nobis*» de la muerte redentora de Cristo. Más aún, «sin el misterio de la *representación vicaria* no puede comprenderse el sentido de la Iglesia»⁵⁴.

La posibilidad y la plena justificación del sacrificio de Jesucristo en la cruz «por nosotros», que tiene su expresión sacramental en la Eucaristía, está en el hecho de que el Verbo de Dios realiza el misterio de la Redención con su muerte en sustitución vicaria en cuanto Verbo encarnado del Padre (*Logos ensarkos*).

La encarnación kenótica del Verbo Preexistente es condición necesaria para que se pueda dar la Eucaristía. Es más, al misterio de la Encarnación le es intrínseco el dinamismo de la entrega para el sacrificio y la ofrenda, como expresa la *Carta a los Hebreos*: «Al entrar en el mundo dice [el Mesías]: “Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito;

45 ChF, 19.

46 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, 32.

47 Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 41.

48 ChF, 19.

49 *Ibidem*, 26.

50 H.U. VON BALTHASAR, *Teodramática, 2: Las personas del drama. El hombre en Dios*, Encuentro (Madrid 1992) 382.

51 J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 128.

52 CEC, 1325.

53 H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia...*, 132.

54 CH. SCHÖNBORN, *Amar a la Iglesia...*, 80.

holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron; entonces dije: Heme aquí presente [...], quiero hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad”» (*Heb 10,5-7*)⁵⁵. Sin embargo, la entrega en la Cruz «es requisito para el don de la Eucaristía que Dios ofrece: “semilla” y “sangre” para la vida eterna»; pues como la misma *Carta a los Hebreos* dice: «Hemos sido santificados mediante la “oblación del cuerpo” de Jesucristo de una vez para siempre»⁵⁶. La Eucaristía no tendría sentido ni valor sino se diera posteriormente el acontecimiento de la Cruz «*pro nobis*».

Ahora bien, el «*pro nobis*» del sacrificio de Cristo no significa un simple «en favor nuestro», sino más profundamente «en lugar nuestro», «pues designa la asunción real en su muerte del estado personal y social en que se encuentran todos los pecadores, o sea, la solidaridad desde dentro con los pecadores. “La entrega por nosotros llega hasta un auténtico cambio de lugar” Pero no se trata de un sufrir “en lugar de los pecadores” que exima a éstos del castigo merecido por el pecado, a saber, la muerte, sino de “un hacer —con y un padecer— con los que se encuentran alejados de Dios para abrirles (en cuanto segundo Adán) un espacio de la misión cristiana en el que ellos, en Cristo, puedan tomar parte en su acción y pasión salvíficas en favor del mundo”. Por tanto, “no quiere decir que uno ha muerto en lugar de todos para que los demás no tuvieran que morir”, sino que inserta a los demás en una “comunidad mística de la muerte”, en virtud de la cual la muerte recibe un significado diverso e incluso transformado»⁵⁷.

Dos son, pues, los elementos fundamentales de la «sustitución vicaria». Por un lado, «la asunción por parte de Jesús de la “maldición” y el “pecado”, tanto de cada hombre como de la humanidad en su totalidad, identificándose im-pensablemente con la culpa y el destino de su prójimo»⁵⁸, como afirma san Pablo en su Segunda Carta a los Corintios: «al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado a favor nuestro, para que nosotros lleguemos a ser en Él Justicia de Dios» (*2Cor 5,21*). Por eso Jesucristo en la cruz, indentificado con el pecado de la humanidad entera, experimenta radicalmente la esencia del pecado, la lejanía de Dios: «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado» (*Mc 15,34*). Pero al ser crucificado y muerto aquel que ha sido «hecho pecado», aquel que en la cruz es *simul iustus et peccator*, su crucifixión es la crucifixión del pecado, su muerte es la muerte del pecado, de ahí las palabras de san Pablo en la Carta a los Romanos: «nuestro hombre viejo fue crucificado con [Jesucristo] para que se destruyera el “cuerpo del pecado”, de forma que nosotros no fuéramos ya esclavos del pecado» (*Rom 6,6*). La sustitución vicaria de Jesucristo en la cruz nos ha liberado del pecado.

El segundo elemento de la sustitución vicaria pone de relieve la solidaridad salvífica de todos y de cada individuo con Jesucristo, operada por la asunción del pecado en su persona, «pero entendida ésta no como asunción de resultados ya logrados sino como participación parcial (misión) en la acción salvífica solidaria de Jesús (morir y resucitar en y con Él)»⁵⁹; es decir, se trata de la participación de los sustituidos en la acción y en la pasión de aquel que ha tomado su lugar, participación que es constituida y operada en virtud del *admirabile commercium* del mismo misterio pascual de Cristo. Por el «cambio de lugar», «también vosotros haceos cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. Así, pues, [...] ofreceos

55 Cfr. J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 22.

56 H.U. VON BALTHASAR, *Teodramática, 5: El último acto*, Encuentro (Madrid 1997) 463.

57 S. GARCÍA ACUÑA, *La decisión cristiana. La fundamentación de la ética cristiana según el pensamiento de Hans Urs von Balthasar*, Edicep (Valencia 2002) 105-106.

58 *Ibidem*, 106.

59 H.U. VON BALTHASAR, *Teodramática, 3: Las personas del drama. El hombre en Cristo*, Encuentro (Madrid 1993) 222 nota 12.

vosotros mismos a Dios como quienes viven resucitados de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios, como armas de justicia» (*Rom* 6,11-13).

No se puede dejar de lado, como sucede en la teología reformada luterana, este segundo elemento de la sustitución vicaria. Sin él, en primer lugar, el misterio de la justificación del hombre por la obra redentora de Jesucristo en su Misterio Pascual aparece necesariamente como una acción foránea o externa respecto del justificado; y, en segundo lugar, la acción del justificado en cuanto tal no pasaría nunca de ser una «obra segunda» respecto de la acción de Jesucristo «*pro nobis*». El don de Jesucristo posibilita, sostiene y acompaña, dentro de él, no junto a él o fuera de él, como si fuera una segunda realidad respecto de él, la acción de la Iglesia, acción que el mismo Jesucristo le otorga como misión participada en su propia misión. Por la sustitución vicaria de Jesucristo a favor de todos y cada uno de los hombres, todo hombre, lo sepa o no, está incluido objetivamente en el misterio Pascual, está vinculado a la acción-pasión de Jesucristo en la cruz.

Jesucristo anticipa su muerte en la Cruz en sustitución vicaria por nosotros con la institución del sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre en la Última Cena. Es en esta anticipación sacramental de su pasión donde Jesús revela y consume espiritualmente el sentido redentor de su muerte⁶⁰. «El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son [...] un único sacrificio»⁶¹. «En efecto, la Misa es la viva actualización del sacrificio de la Cruz. Bajo las especies de pan y vino, sobre las que se ha invocado la efusión del Espíritu Santo, que actúa con una eficacia del todo singular en las palabras de la consagración, Cristo se ofrece al Padre con el mismo gesto de inmolación con que se ofreció en la Cruz»⁶². Es el sacrificio «por nosotros» del Hijo de Dios hecho hombre, que en su obediencia de amor al Padre lleva a cabo la obra de la redención. En el Cuerpo entregado y en la Sangre derramada *pro nobis*, que nos son dados bajo la especie de pan y de vino, «se renueva continuamente, por voluntad de Cristo, el misterio del sacrificio, que Él hizo de sí mismo al Padre sobre el altar de la cruz: sacrificio que el Padre aceptó, cambiando esta entrega total de su Hijo, que se hizo “obediente hasta la muerte”, con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección»⁶³.

El *pro nobis* de la existencia y de la vida de Jesucristo tiene como única razón su amor al Padre y su amor a los hombres, amor por nosotros que llega hasta el extremo en la entrega que hizo de sí mismo en la cruz. La Cruz de Cristo nos sitúa ante la realidad del pecado, ante el misterio de la iniquidad, pues Jesucristo fue *crucificado* por nuestros pecados (*Is* 53,5: «Él traspasado por causa de nuestros pecados, molido por nuestras iniquidades») y «*murió* por nuestros pecados» (*1Cor* 15,3; cfr. *Gál* 1,4). El «*pro nobis*» de Jesucristo es la sustitución vicaria de Él por nosotros en referencia a nuestro pecado y sus consecuencias. No se trata, pues, de un «por nosotros» realizado por un mero hombre, lo que no iría más allá de un profundo humanismo filantrópico, sino del «*pro nobis*» de Dios-hombre. El cual, por ser Dios, puede asumir en sí nuestro pecado, nuestra enemistad con Dios, para destruirlo y superarlo en su humanidad, solidaria con la nuestra, dentro de su comunión filial divino-humana con el Padre, en el Espíritu Santo. «Por nosotros», Jesucristo lleva en sí todos los pecados de la humanidad, entrando en la noche extrema del abandono de Dios, para destruir y superar en su relación de amor con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo, la muerte y la culpa del hombre, a fin de hacerle participe de su vida de comunión trinitaria. Esto supera totalmente la capacidad de un simple hombre.

60 Cfr. J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 32.

61 EE, 12.

62 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, 43. Cfr. CONCILIO DE TRENTO, Sesión XXII (DS 1743).

63 RH, 82.

Pero centremos ahora nuestra atención en el segundo elemento esencia de la sustitución vicaria del Misterio Pascual de Jesucristo, que pone de manifiesto como el don es a la vez misión para la Iglesia que de él nace. En efecto, «la Iglesia “salida del costado abierto de Cristo” [...] es igualmente la Iglesia con el cáliz junto a la cruz para recoger la sangre de las llagas»⁶⁴. Como Esposa de Jesucristo, la Iglesia acoge el ofrecimiento que el Esposo le hace de sí mismo en el tálamo cruz, don por el cual la constituye en su «mujer» llena de gracia. Jesucristo, dice san Pablo, «amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola con el baño del agua por la palabra, para presentarla ante sí mismo gloriosa, sin mancha ni arruga o algo semejante, sino santa e inmaculada» (Ef 5,27). Jesucristo constituye a su Esposa, la Iglesia, y a cada uno de nosotros en ella, con su propia sangre (cfr. Hch 20,28; 1Cor 6,20; 7,23), con el ofrecimiento de sí mismo por ella.

La relación esponsal entre el varón, Cristo, y la mujer, la Iglesia, que se consuma de forma sobre-sexuada y no de manera a-sexuada, tiene su realización tipológica en el encuentro de Jesús con María en el Gólgota: «Junto a la cruz de Jesús estaban su Madre y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Al ver Jesús a su Madre, y de pie junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a la Madre: “Mujer, ahí tienes a tu Hijo” Luego dijo al discípulo: “ahí tienes a tu Madre” (Jn 19,25-27).

María es madre de Jesucristo según la carne y Esposa según el espíritu, concibiendo en su seno al Hijo de Dios, porque primero lo recibió en su espíritu. «Que María sea la concreta “esposa” de Cristo, depende completamente de la pura y libre decisión redentora del Dios trinitario: María se debe totalmente al hombre (Jesucristo) salido de ella, es fruto de la plenitud del “varón” dormido en la cruz»⁶⁵. «María, sin mancha ni arruga o algo semejante, sino santa e inmaculada» (Ef 5,27), es la mujer, la esposa, que acoge la plena autodonación nupcial que el Varón, el Esposo, hace de sí mismo en la cruz. Ella da la respuesta humana perfecta al amor de Jesucristo que llega «hasta el extremo», y lo hace «en nombre de todo el género humano». María es prototipo y símbolo real de la Iglesia-Esposa, que acogiendo y respondiendo al don del Esposo, se convierte en madre de toda vida humana en la vida de Cristo, en seno grávido de todo sí subjetivo al misterio Pascual de su Hijo.

Del carácter vicario del Misterio Pascual nace la relación esponsal entre Cristo y los cristianos, el «ser una sola carne», que vive de una reciprocidad nupcial expresada por san Pablo del siguiente modo: «El cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo», una reciprocidad que, sin embargo, no se presenta como una contraposición de dos magnitudes de igual valor, sino como pertenencia de una a otra: «Vuestros cuerpos son miembros de Cristo» (1Cor 6,13.15)⁶⁶. «Que sea “el Señor para el cuerpo”, se debe considerar en relación a la Eucaristía en cuanto entrega total de Cristo al entero hombre eclesial, por consiguiente a su Esposa. Que sea “el cuerpo para el Señor”, es la indivisible y sumisa respuesta del hombre a la prodigalidad del Señor»⁶⁷; es lo que expresa la liturgia de la Misa en la *Plegaria Eucarística IV*: «Que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para aquél que nos amó y se entregó por nosotros». El don se convierte en misión.

En la Eucaristía, Jesucristo «nos hace comulgar en cuanto miembros de su Cuerpo en lo que Él vivió en su carne *por nosotros*»⁶⁸. Con otras palabras, nos hace vivir la propia exis-

64 H.U. VON BALTHASAR, *Seriedad con las cosas...*, 38.

65 S. GARCÍA ACUÑA, *La decisión cristiana...*, 483.

66 H.U. VON BALTHASAR, *Teodramática, 5: El último acto*, Encuentro (Madrid 1997) 335.

67 H.U. VON BALTHASAR, *Skizzen zur Theologie, III: Spiritus Creator*, Johannes (Einsiedeln 1967) 338.

68 CEC, 521.

tencia en las tres realidades pascuales donadas por Él a la Iglesia: Agua, Sangre y Espíritu. Realizar la propia vida en ellas «quiere decir vivir del caso auténtico, de la pura verdad. Sólo esta clase de existencia es testimonio (*martyrion*) de la verdad, de que se vive»⁶⁹, o sea, del Misterio Pascual de Jesucristo. En la Eucaristía, como presencia histórica del *Triduum paschale*, «está la auténtica realidad. En ella se encuentra la medida, el centro: en ella encontramos aquella realidad con la debemos aprender a medir toda otra realidad»⁷⁰, a saber: el amor de Dios revelado en Jesucristo muerto y resucitado. La verdad sobre la Eucaristía es el amor trinitario de Dios manifestado, comunicado y expresado por Jesucristo en su Misterio Pascual; «verdad que constituye, a la vez, el centro de la verdad sobre la Iglesia»⁷¹. La Iglesia obra su verdad, realiza su misión, es decir, vive del amor de Dios revelado en Jesucristo, o no es nada (cfr. *ICor* 13,2).

La Eucaristía hace presente y operante la comunión eclesial en todo cristiano y en toda comunidad cristiana. Pero el don es a la vez tarea, misión. Cada cristiano y cada comunidad cristiana tiene que vivir y ser signo para el mundo de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo. Somos responsables del don de la comunión: de mantener la unidad de la fe en el vínculo del amor; de vivir «bien unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir» (*ICor* 1,10). El Concilio Vaticano II no enseña que «la Iglesia es en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión del hombre con Dios y de la unidad de todo el género humano»⁷². La efectiva y afectiva comunión eclesial que de forma concreta y cotidiana vivamos tanto los cristianos como las comunidades cristianas entre sí será «un *signo* para el mundo y una *fuerza* atractiva que conduce a creer en Cristo»: «Como tú Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Jn* 17,21). De este modo la comunión se abre a la misión, «haciéndose ella misma misión»⁷³. «La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que *la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión*»⁷⁴.

«La conciencia eclesial comporta, junto con el sentido de la común dignidad cristiana, el sentido de pertenecer al misterio de la Iglesia-Comunión. Es éste un aspecto fundamental y decisivo para la vida y para la misión de la Iglesia. La ardiente oración de Jesús en la Última Cena: “*Ut unum sint!*”, ha de convertirse para todos y cada uno, todos los días, en un exigente e irrenunciable programa de vida y de acción»⁷⁵. Y como la comunión de la Iglesia es una comunión eucarística, en el sacrificio de Jesucristo en la cruz, la misión de los cristianos y de las comunidades cristianas en favor de la unidad también está conformada eucarísticamente: cada uno entra en la construcción de la Iglesia como piedra viva, para ofrecer sacrificios espirituales (cfr. *IP* 2,5), edificando la familia de Dios con el ofrecimiento del propio cuerpo como víctima viva, santa, grata a Dios (cfr. *Rom* 12,1)⁷⁶. Dice san Agustín: «Este es el sacrificio de los cristianos: *unidos a Cristo formamos*

69 H.U. VON BALTHASAR, *Seriedad con las cosas...*, 51.

70 J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 97.

71 JUAN PABLO II, Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1994, *La fidelidad a la vocación edifica la Iglesia*.

72 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 1.

73 ChF, 31.

74 *Ibidem*, 32.

75 ChF, 64.

76 Cfr. H.U. VON BALTHASAR, *Seriedad con las cosas...*, 42-43.

un solo cuerpo. Este es el sacramento tan conocido de los fieles que también celebra asiduamente la Iglesia, y en él se le demuestra que es ofrecida ella misma en lo que ofrece»⁷⁷.

Podemos concluir esta reflexión sobre el misterio *Ecclesia de Eucharistia* con un texto de *Redemptor hominis* en cuyo contenido se compendia lo expuesto hasta ahora: «Es verdad esencial, no sólo doctrinal sino también existencial, que la Eucaristía construye la Iglesia, y la construye como auténtica comunidad del Pueblo de Dios, como asamblea de los fieles, marcada por el mismo carácter de unidad, del cual participaron los Apóstoles y los primeros discípulos del Señor. La Eucaristía construye y regenera la Iglesia a base del sacrificio de Cristo mismo, porque conmemora su muerte en la cruz, con cuyo precio hemos sido redimidos por Él. [...] La Iglesia vive de la Eucaristía, vive de la plenitud de este sacramento [...]. El empeño esencial y, sobre todo, la gracia visible y fuente de la fuerza sobrenatural de la Iglesia como Pueblo de Dios, es el perseverar y el avanzar constantemente en la vida eucarística, en la piedad eucarística, el desarrollo espiritual en el clima de la Eucaristía [...], [que] es al mismo tiempo Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia»⁷⁸ —y podemos añadir—, Sacramento-Misión.

2. LA IGLESIA HACE LA EUCARISTÍA. LA «APOSTOLICIDAD DE LA EUCARISTÍA Y DE LA IGLESIA»

La Eucaristía es don de Jesucristo a la totalidad de la Iglesia. La Iglesia acoge el don del Cuerpo de Cristo entregado *pro nobis* y el don de su Sangre derramada para el perdón de nuestros pecados como misterio de Redención, obrado de una vez para siempre en el ofrecimiento que Jesucristo hizo de sí mismo en la Cruz (cfr. *Heb 7,27*), y simultáneamente como misión que Jesucristo mismo le encomienda: «Haced esto en memoria de mí».

«El misterio eucarístico se prolonga necesariamente en el de la Iglesia, y [...] el misterio de la Iglesia es indispensable para la realización del misterio eucarístico»⁷⁹. «La Iglesia hace la Eucaristía. Su sacerdocio fue instituido principalmente con este fin. “Haced esto en memoria de mí”»⁸⁰. «Sacerdocio e Iglesia han nacido a la vez y están en referencia mutua, son inseparables»⁸¹.

«El sacerdocio, desde sus raíces, es el *sacerdocio de Cristo*. Es Él quien ofrece a Dios Padre el sacrificio de sí mismo, de su carne y de su sangre, y con su sacrificio justifica a los ojos del Padre a toda la humanidad e indirectamente a toda la creación»⁸². Cristo es Sacerdote porque es el Redentor del mundo. «El sacerdocio de Cristo está fundamentado en la obra de la *redención*. Cristo es el sacerdote de su propio sacrificio: “Por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios” (*Heb 9,14*). El sacerdocio de la Nueva Alianza, al cual estamos llamados en la Iglesia, es, pues, la participación en este singular sacerdocio de Cristo»⁸³. El sacerdocio en la Iglesia se inscribe en el misterio de la Redención. La Iglesia «es irradiación de la redención (más allá de toda estructura) y para poder serlo tiene una estructura»⁸⁴ sacerdotal.

77 SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, X, 6. Para el tema de la Eucaristía como principio de comunión en la Iglesia, cfr. P.-J. CORDES, «*Communio...*» ¿*Utopía o programa?*, Ega (Bilbao 1995) 73-88.

78 RH, 84-85.

79 H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia...*, 132.

80 *Ibidem*, 112.

81 J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 137.

82 JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, B.A.C. (Madrid 1996) 91-92.

83 JUAN PABLO II, Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1996, *Consideremos nuestra vocación*, 1.

84 H.U. VON BALTHASAR, *Católico. Aspectos del Misterio*, Sígueme (Salamanca 1988) 42.

Ciertamente, como señala el Concilio Vaticano II (LG 10), tanto el sacerdocio ministerial o jerárquico como el sacerdocio común de los fieles participan, «cada uno a su manera, del único sacerdocio de Cristo. Su diferencia, sin embargo, es esencial y no solo de grado. En efecto, el sacerdocio ministerial, por el poder sagrado de que goza, configura y dirige al pueblo sacerdotal, realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo. Los fieles, en cambio, participan en la celebración de la Eucaristía en virtud de su sacerdocio real y lo ejercen al recibir los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras».

La Eucaristía fue instituida por Jesucristo como don de sí mismo a la totalidad de la Iglesia, su Esposa, vinculando su celebración al orden sacerdotal, al principio apostólico de la Iglesia. «La Eucaristía “es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella”»⁸⁵. «No hay Eucaristía sin sacerdocio, como no hay sacerdocio sin Eucaristía»⁸⁶. Tanto el sacerdocio ministerial como el sacerdocio común, aunque de distinta manera, tienen su raíz en el misterio de la Eucaristía.

En efecto, Jesús al decir en la Última Cena «haced esto», «no solo señala el acto, sino también el sujeto llamado a actuar, es decir, instituye el sacerdocio ministerial, que pasa a ser, de este modo, uno de los elementos constitutivos de la Iglesia misma»⁸⁷. «Confianto a los Apóstoles el Memorial de su sacrificio, Cristo les hizo también partícipes de su sacerdocio»⁸⁸.

Jesucristo transmitió a los Apóstoles, de los que son sucesores los obispos, «la estructura de su misión y la propia existencia de misión [su ministerio], confiándoles su mismo mandato y ligándolos así a su misma potestad»⁸⁹. Los Apóstoles son vinculados por Jesucristo a su sacerdocio para renovar *in persona Christi* el sacrificio eucarístico instituido por Él en la Última Cena. En efecto, el mandato de Jesús, «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19), aunque dirigido a toda la Iglesia, es confiado, «como tarea específica, a los que continuarán el ministerio de los primeros Apóstoles. A ellos Jesús entrega la acción, que acaba de realizar, de transformar el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, la acción con la que Él se manifiesta como Sacerdote y Víctima. Cristo quiere que, desde ese momento en adelante, su acción sea sacramentalmente también acción de la Iglesia por las manos de los sacerdotes»⁹⁰. El sacramento del orden sacerdotal hace de quien lo recibe el ser sacramentalmente Jesucristo Pastor, Esposo, Cabeza y Maestro de la Iglesia; es decir, siervo de la Iglesia en el servicio de Jesucristo hacia ella, y esto como instrumento del mismo Jesucristo. En efecto, el sacerdote «ofrece a Cristo su humanidad para que Él pueda servirse de ella como instrumento de salvación»⁹¹. «Somos ministros del misterio de la redención del mundo; ministros del Cuerpo que ha sido ofrecido y de la Sangre que ha sido derramada para el perdón de nuestros pecados»⁹². El sacramento del orden que hemos recibido «es para la Eucaristía, y la Eucaristía es para todos»⁹³.

85 EE, 31.

86 JUAN PABLO II, *Don y Misterio...*, 95.

87 JUAN PABLO II, Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 2000, *Carta desde Jerusalén*, 10.

88 JUAN PABLO II, Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1996, *Consideremos nuestra vocación*, 4.

89 J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, San Pablo (Madrid 1992) 69.

90 JUAN PABLO II, Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 2000, *Carta desde Jerusalén*, 10.

91 JUAN PABLO II, *Don y Misterio...*, 90.

92 JUAN PABLO II, Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1993, *Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre*, 1.

93 H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia...*, 120.

Hay que afirmar, por tanto, que «el ministerio episcopal pertenece esencialmente a la Eucaristía [...]. Una Iglesia eucarística es una Iglesia constituida sobre el obispo»⁹⁴. La asamblea eucarística la preside el sacerdote *in persona Christi*⁹⁵, partiendo el pan de la Palabra y de la Eucaristía. La asamblea cristiana no es asamblea eucarística sin un sacerdote ordenado que la presida. Dentro de la Iglesia, edificada sobre el «fundamento de los apóstoles», el sacramento de la Eucaristía, del que nace la Iglesia, fue confiado por Jesús a los Doce.

La apostolicidad es un carácter esencial de la Eucaristía, y consecuentemente de la Iglesia. Y lo es principalmente por tres razones. Primera, porque el sacramento de la Eucaristía es «transmitido por ellos y sus sucesores hasta nosotros» (EE 27). Segunda, «porque se celebra en conformidad con la fe de los Apóstoles». Tercera, porque sólo el sacerdote-ministro, que participa del sacerdocio de Jesucristo Pastor-Maestro-Cabeza-Esposo de la Iglesia por el sacramento del orden, recibido dentro de la ininterrumpida sucesión apostólica, «realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo» (LG 10).

Dirigir y presidir la celebración de la Eucaristía en nombre de la Iglesia y actuar *in persona Christi*, es algo que sólo puede realizarse en virtud del poder que confiere el sacramento del orden sacerdotal. Ahora bien, como señala la Encíclica, «*in persona Christi* «quiere decir más que “en nombre”, o también, “en vez” de Cristo. *In “persona”*: es decir, en la identificación específica, sacramental con el “sumo y eterno sacerdote”, que es el autor y el sujeto principal de su propio sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie. El ministerio de los sacerdotes, en virtud del sacramento del Orden, en la economía de salvación querida por Cristo, [...] es insustituible en cualquier caso para unir válidamente la consagración eucarística al sacrificio de la Cruz y a la Última Cena»⁹⁶.

La *anámnesis eucarística*, la conmemoración de la entrega sacramental del cuerpo y sangre de Cristo en la Última Cena, no es un simple recuerdo histórico, sino que es memoria-presencia, pues hace contemporáneo el mismo acontecimiento pascual. El sacerdote, actuando *in persona Christi*, con la fuerza del Espíritu Santo, que en la noche de Pascua fue «exhalado» sobre los Apóstoles en el Cenáculo, renueva el sacrificio de Jesucristo en la Cruz, establecido como sacramento eucarístico en el Cenáculo. La Eucaristía es la presencia viva de Jesucristo en medio de la Iglesia. El sacerdocio ministerial, haciendo presente a Jesucristo en su muerte y en su resurrección salvíficas con la celebración de la Eucaristía, dentro de la comunión apostólica y de la Tradición, hacen presente el misterio entero de la Iglesia, por ser, en cuanto su Esposa, «una sola carne» con Él, y, en cuanto Cuerpo Místico, inseparable de su Cabeza.

«Sólo a quienes ejercen el sacerdocio ministerial al servicio de sus hermanos les corresponde realizar el Sacrificio eucarístico y ofrecerlo a Dios en nombre de todo el pueblo. [...] No obstante, los fieles han de ser también conscientes de que, en virtud del sacerdocio común recibido en el bautismo, “participan en la celebración de la Eucaristía” (LG 10: *in oblationem Eucharistiae concurrunt*). Aun en la distinción de funciones, ellos “ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella. De este modo, tanto por el ofrecimiento como por la sagrada comunión, todos realizan su función propia en la acción litúrgica” (LG 11)»⁹⁷.

Lo específico del Sacerdocio ordenado ministerial es el ser constituidos en «servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (ICor 4,1), «ministros de la nueva alianza»

94 J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad...*, 47.

95 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, 53.

96 EE, 29.

97 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, 51.

(2Cor 3,6). «El sacerdote recibe de Cristo los bienes de la salvación para distribuirlos debidamente entre las personas a las cuales es enviado»⁹⁸. El ministerio sacerdotal es un servicio fraterno dentro de la Iglesia, un servicio que va «de Dios al hombre y, simultáneamente, del hombre a Dios»⁹⁹. El sacerdocio ministerial, diverso por esencia de la participación regia de todos los bautizados en el sacerdocio de Cristo, está íntimamente ordenado al sacerdocio común de los fieles, es decir, al aspecto sacrificial, en Cristo, del ser y de la existencia cristiana, que tiene como tipo a María. No podemos olvidar este carácter esencialmente ministerial de nuestro sacerdocio ordenado. «En el plan de Cristo, no es expresión de *domino* sino de *servicio*. [...] *Es un sacerdocio ministerial. Servimos al pueblo de Dios. Servimos su misión. Nuestro sacerdocio debe garantizar la participación de todos* —hombres y mujeres— en la triple misión profética, sacerdotal y real de Cristo»¹⁰⁰.

Todos los cristianos, en cuanto miembros del único Sacerdote, Jesucristo, participan de su sacerdocio. Por el Bautismo, con la unión del Espíritu de Cristo, los cristianos, como piedras vivas, entran en la construcción de un edificio espiritual destinado a un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios, por medio de Jesucristo (cfr. *1Pe* 2,5). Jesucristo ha hecho de nosotros sacerdocio regio (cfr. *1Pe* 2,9); «un reino, sacerdotes para su Dios y Padre» (*Ap* 1,6). Este «sacerdocio real» «es una realidad “mística”, que no puede ser superpuesta ni aumentada, en su orden, por ninguna institución o consagración sobreañadida, ni por ningún otro sacerdocio. Y la razón de ello es que del cristiano, que es miembro del Rey y del Sacerdote eterno, hace un Cristo»¹⁰¹.

El «sacerdocio regio» es el «sacerdocio común», «el sacerdocio de toda la Iglesia»¹⁰², que realiza el culto del Nuevo Testamento a Dios Padre: la adoración «en espíritu y en verdad» (*Jn* 4,24). Es el sacerdocio que se ejerce ofreciendo el propio cuerpo, como víctima viva, santa, grata a Dios, y ofreciendo el propio culto espiritual; es decir, en la ofrenda total de uno mismo en la integridad de su ser: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu alma y con toda tu mente, y con toda tu fuerza» (*Mc* 12,30); y «amaros los unos a los otros como yo os he amado» (*Jn* 13,34; 15,12). En última instancia, el culto a Dios en espíritu y en verdad es la vida misma del hombre viviente¹⁰³, del hombre que vive de aquel que es la resurrección y la vida, del hombre para el cual el vivir es Cristo (cfr. *Flp* 1,21). Con palabras de san Pablo: «Estoy crucificado con Cristo. Y vivo, ya no yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida terrena de ahora la vivo por la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí» (*Gál* 2,19b-20). El cuerpo vivo de Jesucristo resucitado y glorificado, que lleva para siempre las señales de la inmolación, es el templo nuevo, el lugar de todo culto en espíritu y en verdad. «Con este cuerpo abraza a todos los hombres: ya no es la tienda construida por mano de hombre, es el lugar de la verdadera adoración a Dios que disuelve las tinieblas y pone en lugar la realidad»¹⁰⁴; es el espacio de la comunión real con el Dios vivo.

«En efecto, su humanidad, unida a la persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto, en Cristo “se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud

98 JUAN PABLO II, *Don y Misterio...*, 89.

99 J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 137.

100 JUAN PABLO II, Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1995, *Importancia de la mujer en la vida del sacerdote*, 7.

101 H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia...*, 113.

102 *Ibidem*, 114.

103 Cfr. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 38.

104 *Ibidem*, 64.

del culto divino»¹⁰⁵. El sacrificio vicario de Jesucristo en la Cruz es el único culto agradable a Dios. «La Eucaristía es, desde la cruz y la resurrección de Jesús, [...] el culto verdadero, siempre esperado y que siempre supera nuestras posibilidades, la adoración “en espíritu y verdad”». «El nuevo templo ya existe y también el sacrificio nuevo y definitivo: la humanidad de Jesucristo que se ha abierto en la cruz y la resurrección; la oración del hombre Jesús se ha hecho una sola cosa con el diálogo intratrinitario del amor eterno». «A través de la Eucaristía Jesús introduce a los hombres en esta oración, que es la puerta siempre abierta de la adoración y el sacrificio verdadero, el sacrificio de la Nueva Alianza, el “culto espiritual” (*Rom 12,1*)»¹⁰⁶.

Por el sacerdocio regio del Pueblo de Dios todos los cristianos, hombres y mujeres, ancianos y niños, están integrados en el culto a Dios en espíritu y en verdad, o sea, en el culto eucarístico: el del propio yo que, por Cristo con Él y en Él, se transforma en amor¹⁰⁷. Toda la Iglesia dice relación a la vida litúrgica, ejercicio y expresión de la obra redentora de Jesucristo, especialmente a la liturgia eucarística. Los cristianos, al celebrar como pueblo sacerdotal la Eucaristía, realizan la plenitud de culto que el hombre debe a Dios.

La comunión de los hombres con Dios en el amor de Jesucristo es la finalidad y la esencia de la Iglesia. Ella es la Esposa que responde con el don del amor al don del Esposo, que la precede y la constituye en Esposa. «María nos precede a todos en la santidad que es el Misterio de la Iglesia como la “Esposa sin tacha ni arruga” (*Ef 5,27*). Por eso, “la dimensión mariana de la Iglesia precede a su dimensión petrina” (*Mulieris dignitatem 27*)»¹⁰⁸. Con otras palabras, el sacerdocio común precede al sacerdocio ministerial en la Iglesia.

Ahora bien, «la dimensión “institucional” de la Iglesia no está en contraposición a su esponalidad, sino en una relación subordinada con ésta. La “institución” eclesial es en función de la conyugalidad de la Iglesia: es la estructura o organismo que posibilita la constante actualidad de la relación nupcial Cristo-Iglesia en el devenir temporal y, en consecuencia, la garantía para el cristiano de poder participar en todo tiempo de ese “acontecimiento original”. La Iglesia en la unidad de sus polos mariano y petrina es la que responde de modo perfecto al *pleroma* de Cristo. En ésta biunidad polar, la Iglesia es Iglesia plenamente realizada: santidad subjetivamente perfecta (principio mariano) y santidad objetivamente perfecta (principio petrina). Y lo es como don gratuito de Jesucristo para conducir a la Iglesia *in fieri* (Iglesia empírica-pecadora) a su realización plena»¹⁰⁹.

A la comunión mariana de los hombres con Jesucristo se ordena todo aquello que en la Iglesia es medio sacramental ligado a este mundo que pasa. «La jerarquía, como todo el ordenamiento sacramental e institucional de la Iglesia, pertenece al orden de los medios. La finalidad de todos los medios es y debe ser únicamente la santidad, “que es el Misterio de la Iglesia”. Por eso, María es la quintaesencia de todo lo que la Iglesia es en esencia. De ahí también la diferencia esencial, tan importante, aunque a menudo entendida erróneamente, entre el sacerdocio universal y el sacerdocio jerárquico (*LG 10*): el primero pertenece al orden del fin: la nueva vida en Cristo, el nuevo nacimiento del agua y del Espíritu Santo. El sacerdocio ministerial pertenece a los medios que el Señor ha dado a su Iglesia para que alcance este fin»¹¹⁰. Sin embargo, en la Iglesia

105 CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 5.

106 J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 68.69.

107 Cfr. *ibidem*, 98.

108 CEC, 773. Sobre el principio petrina y el principio mariano de la Iglesia, cfr. H.U. VON BALTHASAR, *El complejo antirromano. Integración del papado en la Iglesia Universal*, B.A.C. (Madrid 1981) 185-287.

109 S. GARCÍA ACUÑA, *La decisión cristiana...*, 544.

110 CH. SCHÖNBORN, *Amar a la Iglesia...*, 117-118.

que peregrina por este mundo, sostenida y animada por el Espíritu, hacia la casa del Padre, con el deseo ardiente del retorno glorioso de Jesucristo, la estructura sacramental, institucional y jerárquica de la Iglesia es un elemento esencial y absolutamente necesario para que la Iglesia pueda crecer como «comunidad espiritual» y alcanzar su estado glorioso. Es una estructura que en sus líneas esenciales ha sido constituida por el mismo Jesucristo en su vida mortal. De tal modo que, «sin la jerarquía que la une, la organiza y la guía, “no se puede hablar de Iglesia”»¹¹¹.

La Iglesia Una «es humana y divina a un tiempo hasta en su visibilidad»¹¹². En su estructura visible, la Iglesia está esencialmente formada por discípulos de Jesucristo que participan del sacerdocio común y por discípulos que, junto al sacerdocio común, reciben el sacerdocio ministerial. «Los primeros Apóstoles, de los que se puede decir que ella ha nacido, fueron ellos también engendrados primeramente por la Iglesia. Por eso es toda esta Iglesia la que, en su unicidad y en su unidad, y bajo dos aspectos distintos, es indisolublemente sociedad jerárquica y comunidad de gracia»¹¹³. El ministerio apostólico es inseparablemente dos cosas: «el ministerio visible con autoridad y encargo, y al mismo tiempo, a diferencia de ello pero en forma inseparable, ser la comunión espiritual en fe, esperanza y amor con Cristo. Así que en el ministerio se refleja el misterio de la vida»¹¹⁴. «Nuestro sacerdocio vive también de la comunión eucarística con el Señor, ya que la Eucaristía es el centro constante y la fuerza de nuestra vida»¹¹⁵. El amor pastoral, enseña el Concilio, «brota, sobre todo, del sacrificio eucarístico que, por eso, es el centro y raíz de toda la vida del presbítero»¹¹⁶. De la Eucaristía recibimos «la energía espiritual necesaria para afrontar los diversos quehaceres pastorales»¹¹⁷.

«En la asamblea de los discípulos de Cristo [convocada por Él para celebrar la Eucaristía] se perpetúa en el tiempo la imagen de la primera comunidad cristiana, descrita como modelo por Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*, cuando relata que los primeros bautizados “acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (2,42)»¹¹⁸. La Iglesia es principalmente una comunidad eucarística, conformada por la figura de Jesucristo muerto y resucitado¹¹⁹, que «por la celebración del misterio [de la Eucaristía] se hace a sí misma. La Iglesia santa y santificante construye la Iglesia de los santos. [...] La jerarquía ministerial prepara de esta suerte este reino de Sacerdotes que Jesucristo quiere hacer de nosotros en la gloria de su Padre. Por consiguiente, en el ejercicio de su función más sagrada, ella está enteramente al servicio de la jerarquía de la santidad»¹²⁰, de la Iglesia como *communio sanctorum*.

3. LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA DE LA EUCARISTÍA

A los llamados al ministerio sacerdotal dentro de la Iglesia, Jesucristo les mandó, en el momento mismo de la institución de la Eucaristía, la celebración perenne de ésta, para que su contenido y significados inefables vivifiquen y construyan constantemente su Iglesia a lo largo de toda la historia.

111 H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia...*, 80.

112 *Ibidem*, 90.

113 *Ibidem*, 97.

114 CH. SCHÖNBORN, *Amar a la Iglesia...*, 119.

115 J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 141.

116 CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum ordinis*, 14.

117 *EE*, 31.

118 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, 31.

119 Cfr. H.U. VON BALTHASAR, *Católico...*, 29-30.

120 H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia...*, 127.

Los sacerdotes tienen la responsabilidad de transmitir lo que han recibido, como les señala tipológicamente san Pablo en el ejercicio de su ministerio apostólico: «Pues yo recibí del Señor lo que a mi vez os transmití: que el Señor Jesús, la noche en que era entregado, rezó la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, el entregado a favor vuestro; haced esto en memoria de mí». De la misma manera también el vaso, después de cenar, diciendo: «Este vaso es la nueva alianza ratificada con mi sangre; haced esto, siempre que lo bebáis, en memoria de mí”» (1Cor 11,23-25).

Por fidelidad al ministerio que ha recibido de transmitir sacramentalmente a la Iglesia, en cada momento de la historia, el don que el Esposo ha hecho de sí mismo a la Esposa en el Altar de la Cruz, al sacerdote «no [le] es lícito ni en el pensamiento ni en la vida ni en la acción, quitar a este sacramento [de la Eucaristía], verdaderamente santísimo, su dimensión plena y su significado esencial»¹²¹. Como afirma el Papa en *Ecclesia de Eucharistia*: «La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones»¹²². Tan gran misterio debe ser protegido por la Iglesia. La Eucaristía es un don que hemos recibido y que se nos ha dado para vivir de él. «La Eucaristía nunca es un medio que podamos usar a voluntad; es don del Señor, el núcleo mismo de la Iglesia, del que no disponemos nosotros»¹²³. «Tenemos que ser todos de nuevo conscientes de que la Eucaristía no está a disposición del sacerdote ni de una comunidad concreta, sino que es el regalo de Jesucristo a toda la Iglesia, y que solamente conserva su grandeza cuando asumimos su carácter no arbitrario»¹²⁴.

La intención de la instrucción *Redemptionis Sacramentum* es renovar en toda la Iglesia la conciencia del carácter de don de la Eucaristía y, en consecuencia, la índole no arbitraria de la misma.

La Instrucción saca a la luz elementos de la celebración litúrgica de la Eucaristía que se encuentran en nuestros días, en mayor o menor medida, oscurecidos, olvidados o dejados, y que, sin embargo, están en conexión con la naturaleza del Sacramento y la Tradición de la Iglesia respecto de la Liturgia. La Instrucción, en conexión con la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, quiere volver a exponer el sentido profundo de estos elementos, a fin de que sean vividos de nuevo en todo su significado dentro de la Iglesia, en una armonía de acción externa e intención del corazón¹²⁵.

Como ya se señaló anteriormente, la Eucaristía es a la vez Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia, Sacramento-Misión. En la celebración litúrgica del Sacramento, estas dimensiones fundamentales del misterio eucarístico deben quedar salvaguardadas y manifiestas. En esto consiste esencialmente la correcta celebración de la santa Eucaristía.

Con la liturgia del sacramento de la Eucaristía la Iglesia expresa su fe. La Eucaristía es el «sacramento de la fe». Cuando se cambian o modifican arbitrariamente la liturgia de la Eucaristía, se contribuye «a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento»¹²⁶. «La sagrada Liturgia está estrechamente ligada con los principios doctrinales, por lo que el uso de textos y ritos que no han sido aprobados lleva a que disminuya o desaparezca el nexa necesario entre la *lex orandi* y la *lex credendi*»¹²⁷. Es necesario que desaparezca en la

121 RH, 85.

122 EE, 10.

123 J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 59.

124 *Ibidem*, 71-72.

125 Cfr. RS, 2-5.

126 EE, 10.

127 RS, 10.

Iglesia toda práctica litúrgica que oscurezca la celebración y la manifestación sacramental de la fe cristiana. Es necesario, para la vida de la Iglesia y para la vida del mundo, que «la Eucaristía siga resplandeciendo con todo el esplendor de su misterio»¹²⁸.

La instrucción *Redemptionis Sacramentum* nos quiere conducir a que conformemos «nuestros sentimientos con los sentimientos de Cristo, expresados en las palabras y ritos de la Liturgia»¹²⁹. Nace, por tanto, del mismo amor pastoral que movía a san Pablo a exhortar a los filipenses a tener «esos sentimientos que se dieron en Cristo Jesús, que, aunque era de condición divina, [...] se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y una muerte en cruz!» (*Flp* 2,5ss). Jesucristo vive toda su existencia kenótica en obediencia al Padre en vistas a la Iglesia, pues «es a Ella a quien amó y por quien se entregó» (cfr. *Ef* 5,25). La Iglesia es fruto «de la absoluta obediencia de Cristo hasta la cruz»¹³⁰. Los sentimientos de Jesucristo están conformados por su amor a la Iglesia hasta el extremo. Es desde aquí, desde el amor de Cristo Pastor y Esposo hacia la Iglesia, del cual los sacerdotes tienen que vivir su ministerio pastoral, que debemos acoger, leer y vivir la instrucción *Redemptionis Sacramentum*.

A todos los miembros de la Iglesia, y de modo especial a los que en ella reciben el ministerio petrino (obispos y sacerdotes), se les pide «un “*sentire cum Ecclesia*”, que, conforme a su definición, es lo mismo que “*hoc sentire quod et in Christo Iesu*” [tener los mismo sentimientos que Jesucristo]: el sentir de Cristo es la medida del sentir de la Iglesia, y por consiguiente, del sentir con la Iglesia. Y en cuanto que la Iglesia es una realidad objetiva que trasciende al sujeto individual [...], el postulado de la autosuperación y autonegación del individuo en el sentir de la Iglesia está justificado»¹³¹. Participar de los mismo sentimientos de Cristo, realizando análogamente en uno mismo su actitud de entrega en obediencia filial al Padre, tiene su justa medida en la adecuación del propio sentir con el sentir de la Iglesia, que acoge sin reservas y sin limitaciones el don perfecto de su Esposo, ofreciéndose a sí misma a Él en el don de la entrega sacrificial de su Señor. Para todo Cristiano sentir-con Cristo significa vivir el desposeimiento de sí dentro de la totalidad de la Iglesia. «La obediencia en la Iglesia es, en su fuente y en verdad, la obediencia de la Iglesia frente a su Señor; por tanto, sentir con la Iglesia no puede ser sino un sentir íntimamente en sí esta obediencia de la Iglesia»¹³².

La instrucción *Redemptionis Sacramentum* requiere nuestro espíritu de obediencia eclesial, que debe ser vivida por todos los cristianos, tanto en el ejercicio del sacerdocio regio como en el ministerio sacerdotal, como configuración con la única obediencia redentora de Cristo al Padre, que Jesucristo introdujo de modo prototípico y perfecto en su Iglesia, preparándose una Esposa sin mancha ni arruga, que diera una respuesta en perfecta sintonía («*Fiat mihi secundum verbum tuum*», *Lc* 1,38) a la obediencia suya al Padre («*Meus cibus est ut faciam voluntatem Eius, qui misit me et ut perficiam opus eius*», *Jn* 4,34; «*non mea voluntas sed tua fiat*», *Lc* 22,42). A través de esta Instrucción, como sucede con todo el conjunto de la disciplina, del derecho y del magisterio eclesiástico, fluye para cada cristiano el espíritu de obediencia y de entrega de la Iglesia hacia Jesucristo.

128 EE, 10.

129 RS, 5.

130 H.U. VON BALTHASAR, *Teodramática*, 3..., 330.

131 H.U. VON BALTHASAR, *Gloria. Una estética teológica, 1: La percepción de la forma*, Encuentro (Madrid 1985) 230.

132 H.U. VON BALTHASAR, *Schleifung der Bastionen. Von der Kirche in dieser Zeit*, Johannes (Einsiedeln 1952) 75.

La «elevación del “*sentire cum Ecclesia*” a un “*sentire Ecclesiae*” sólo resulta posible en la total negación de uno mismo y en la plena obediencia a la jerarquía eclesial; esto será lo que acreditará siempre su autenticidad»¹³³. «La obediencia interna en la Iglesia [...] es [...] voluntad para la siempre más amplia encarnación de la obediencia de Cristo, y esto a favor del “mundo entero y completo y en eso de cualquier individuo tomado por sí”»¹³⁴. «La obediencia cristiana se puede hacer creíble en el origen únicamente como pasión junto con Jesús por el Reino de Dios que viene, y [...] como pasión por la persona y por la causa de Jesucristo»¹³⁵. «El hecho de que la existencia del cristiano conformada con Cristo *se mueva dentro de la forma de la Iglesia —forma objetiva, previamente dada y normativa para el sujeto individual— es lo distintivamente católico. [...] La obediencia a la Iglesia en cordial coincidencia de sentimientos con ella es apropiación personal de esta forma. Por tanto, en cuanto depende de él, el cristiano debe conformar su existencia a las dimensiones del espacio del amor eterno abierto en Cristo, teniendo como norma la concreta articulación del «misterio de la salvación» en la forma objetiva del Espíritu de la Iglesia. Si así realiza su vida, el cristiano se convierte, como dicen los Padres, en «hombre de Iglesia», en «anima ecclesiastica»*¹³⁶. Como hombres de Iglesia, sintiendo con ella y en su sentir, somos llamados a acoger y difundir el contenido de la instrucción *Redemptionis Sacramentum*.

Todo sacerdote está llamado por el mismo Jesucristo, como lo estuvieron los doce apóstoles, a ejercer el ministerio sacerdotal a la luz la realidad eucarística de la Iglesia. La verdad de que «la Iglesia vive de la Eucaristía» la debemos ofrecer constantemente a la conciencia y a la vida de los fieles cristianos laicos, a las comunidades cristianas que están a nuestro cuidado. «Todos en la Iglesia, pero sobre todo los obispos y los sacerdotes, deben vigilar para que este sacramento de amor sea el centro de la vida del Pueblo de Dios, para que, a través de todas las manifestaciones del culto debido, se procura devolver a Cristo “amor por amor”, para que Él llegue a ser verdaderamente “vida de nuestras almas”»¹³⁷. Para ello nosotros, como pastores y maestros del Pueblo de Dios, debemos dejar que nuestra conciencia cristiana y sacerdotal quede cada día más profundamente iluminada por la verdad del misterio de la Eucaristía.

La Eucaristía es sacramento de unidad, por su propia naturaleza tiende «a significar y realizar admirablemente la comunión con la vida divina y la unidad del pueblo de Dios. Todo elemento o cambio arbitrario en la celebración litúrgica distorsiona y deforma, en menor o mayor medida, el contenido del misterio de la Eucaristía»¹³⁸. No cabe realizar experimentos sobre la celebración de la santa Misa¹³⁹. Nosotros, como pastores y guardianes de la Iglesia, por el ministerio que hemos recibido de Jesucristo, debemos «velar por la adecuada y digna celebración de este gran misterio»¹⁴⁰, a fin de que la Eucaristía «aparezca verdaderamente como sacramento de unidad, excluyendo absolutamente todos los defectos y gestos que puedan manifestar divisiones y facciones en la Iglesia»¹⁴¹. De este modo custodiamos el derecho que tiene el pueblo de Dios «a

133 H.U. VON BALTHASAR, *Ensayos teológicos, II: Sponsa Verbi*, Guadarrama (Madrid 1965) 36.

134 H.U. VON BALTHASAR, *Skizzen zur Theologie, IV: Pneuma und Institution*, Johannes (Einsiedeln 1974) 147.

135 *Ibidem*, 133.

136 S. GARCÍA ACUÑA, *La decisión cristiana...*, 551.

137 RH, 85.

138 Cfr. RS, 11.

139 RS, 27.

140 RS, 13.

141 RS, 12.

que se celebre por él, de forma íntegra, el santo sacrificio de la Misa, conforme a toda la enseñanza del Magisterio de la Iglesia»¹⁴².

La Eucaristía posee un esencial carácter sagrado. «El “*Sacrum*” de la Misa no es [...] una “sacralización”, es decir, una añadidura del hombre a la acción de Cristo en el Cenáculo, ya que la Cena del Jueves Santo fue un rito sagrado, liturgia primaria y constitutiva, con la que Cristo, comprometiéndose a dar la vida por nosotros, celebró sacramentalmente, Él mismo, el misterio de su Pasión y Resurrección [...]. El “*Sacrum*” de la Misa es una sacralidad instituida por Cristo»¹⁴³. Después del Concilio Vaticano II se introdujo en la Iglesia un movimiento de «desacralización», partiendo de un supuesto argumento teológico: Cristo ha santificado el mundo entero y ahora, consecuentemente, «todo» es sagrado; ya no tiene sentido la distinción entre «sagrado» y profano, lo «sagrado» se da en el ser del mundo, es más, se hace real precisamente en el ámbito de lo profano. Si el carácter esencial de lo sagrado fuese la ostentación distanciante, la hierática rigidez o las formas extrañas y complejas, la llamada a la desacralización resultaría tan inevitable como comprensible. Pero esto no es la verdad sobre lo sagrado¹⁴⁴. Lo sagrado no es lo contrario a profano. No son realidades opuestas; pero tampoco son unívocas. Hay distinción y relación entre ellas; semejanza y desemejanza.

En efecto, «Dios no se aisló del mundo, para abandonarlo a su mundanidad, ni tampoco confirmó al mundo en su mundanidad, como si fuera ya sagrado por el hecho de ser mundo. En la medida que el mundo no ha llegado a plenitud, persiste en él la diferencia entre sagrado y profano, pues Dios no le priva de la presencia de su santidad, pero tampoco esa santidad suya lo ha asumido ya en su totalidad»¹⁴⁵. Lo sagrado es aquello que siendo ser-creado está particularmente ordenado, dedicado, unido a lo divino, a la esfera sobrenatural¹⁴⁶. La humanidad de Jesucristo, unida hipostáticamente al Verbo Eterno, es lo realmente sagrado. En Jesucristo habita la plenitud de la divinidad corporalmente (*Col 2,6*). La sacralidad del cuerpo y la sangre del Sumo y Eterno Sacerdote, que se nos dan en la forma más vulnerable, sencilla y accesible en el sacramento de la Eucaristía bajo las especies del pan y del vino, es la más excelsa. Sacralidad y cercanía no están reñidas, lo mismo que sacralidad y sencillez. La consideración de una Iglesia tendente a lo profano y ordenada funcionalmente, que abandona el culto sagrado y el sacerdocio ministerial, es contraria a la esencia cristológica de la Iglesia.

La configuración de la liturgia eucarística es consecuencia de «la lógica interna del don del propio Jesús»¹⁴⁷. Al hablar de la «sustitución vicaria» se expresó la unidad mística de Jesucristo con todos los pecadores en el sacrificio de la Cruz. Es el Cristo total (El Justo hecho pecado y los pecadores justificados, liberados del pecado y partícipes de la justicia de Dios) el que está presente en el Misterio Pascual. «Justamente porque en la Eucaristía se trata del Cristo total, que ni está dividido ni es divisible, justamente por eso, la Eucaristía solamente puede celebrarse correctamente, si se celebra con toda la Iglesia. A Él solamente lo tenemos si lo tenemos con los demás. Y porque en la Eucaristía solamente se trata de Cristo, precisamente por eso, ella es el sacramento de la Iglesia. Y por el mismo motivo sólo puede ser celebrada en unidad con toda la Iglesia y contando con su autorización. [...] La liturgia nos llega de la totalidad y hemos

142 RS, 12.

143 JUAN PABLO II, Carta a los Obispos de la Iglesia *El misterio y culto de la Eucaristía*, 8.

144 Cfr. J. PIEPER, *¿Qué significa «sagrado»? Un intento de clarificación*, Rialp (Madrid 1990) 15-16.

145 J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 109-110.

146 Cfr. J. PIEPER, *¿Qué significa «sagrado»?...*, 21.

147 J. RATZINGER, *La Eucaristía centro de la vida...*, 71.

de celebrarla desde la totalidad y hacia la totalidad [...]: ésta es la esencia de la catolicidad»¹⁴⁸. «La Eucaristía es una y católica»¹⁴⁹. La celebración eucarística debe ser siempre realizada en su esencial unidad y catolicidad. «Resulta una exigencia intrínseca a la Eucaristía que se celebre en la comunión y, concretamente, en la integridad de todos sus vínculos»¹⁵⁰: en la dimensión invisible de la comunión: unión con Dios Padre, en Cristo, por el Espíritu, dentro de la Iglesia, y la *communio sanctorum* (estado de gracia) (*Ef* 4,5s: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios padre de todos...»); en la dimensión visible de la comunión: unidad en la doctrina apostólica, en los Sacramentos y en el orden jerárquico. «La Eucaristía es pública, es Eucaristía de toda la Iglesia, del único Cristo. Nadie tiene derecho a escogerse una eucaristía “propia”»¹⁵¹.

A través de la Liturgia, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, «se ejerce la obra de nuestra redención»¹⁵², «que Jesucristo realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y su gloriosa ascensión», del que nació la Iglesia. Por eso, en la Liturgia se realiza y se expresa el misterio de Cristo y el misterio de la Iglesia. El rito en el ámbito de la liturgia cristiana es «la expresión hecha forma de la eclesialidad y la comunitariedad que supera la historia, de la oración y de la acción litúrgica. En él se concreta la unión de la liturgia con el sujeto vivo que es la Iglesia y que, a su vez, se caracteriza por la unión con la forma de la fe que ha ido creciendo en el seno de la tradición apostólica. Esta unión con el único sujeto Iglesia, admite distintas configuraciones e incluye la evolución viva, excluyendo, al mismo tiempo, la arbitrariedad. Esto es válido para cada uno de los miembros de la comunidad, tanto de la jerarquía como de los laicos»¹⁵³.

La liturgia no se basa en las palabras y en las opiniones de los hombres. Hay que respetar el carácter de don de la Liturgia (don de Jesucristo a su Iglesia) y, en consecuencia, el carácter fundamentalmente no arbitrario que ésta tiene. La creatividad en cuanto libertad absoluta y vacía, no ligada a ninguna verdad, a ninguna norma, a ninguna finalidad, «no puede tener cabida en la liturgia. La liturgia no vive de las “genialidades” de cualquier individuo o de cualquier comisión»¹⁵⁴. Este sentido de creatividad y libertad no es eclesial. La libertad de los hijos de Dios está configurada por la libertad de Jesucristo, obediente en todo al Padre. Por tanto, la creatividad en la liturgia pasa por acoger, respetar, vivir y promover el don que recibimos de Dios Padre, en Jesucristo, por el Espíritu Santo, dentro de la unidad y de la tradición de la Iglesia. No se trata de rigidez, sino de vida en comunión.

En consecuencia, también hay que cuidar con diligencia «que no se quite la libertad prevista en las normas de los libros litúrgicos, adaptando la celebración, de modo inteligente, sea a la iglesia, sea al grupo de fieles, se a las circunstancias pastorales, para que todo el rito sagrado universal esté verdaderamente acomodado al carácter de los fieles»¹⁵⁵. El don de Dios al hombre siempre se realiza a través de una mediación humana, y siempre para los hombres. De ahí que la Liturgia contenga en sí «un amplio espacio a una adecuada libertad de adaptación, fundamentada sobre el principio de que toda celebración responda a la necesidad, a la capacidad, a la men-

148 *Ibidem*, 134.

149 *EE*, 26.

150 *EE*, 35.

151 J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad...*, 47.

152 Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 2.

153 J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 191.

154 *Ibidem*, 193.

155 *RS*, 21.

talidad y a la índole de los participantes, conforme a las facultades establecidas en las normas litúrgicas»¹⁵⁶. Y como «el factor humano-histórico también forma parte integrante del actuar de Dios; [...] por eso puede existir una evolución en la “liturgia divina” que, por supuesto, sucede espontáneamente, sin precipitación ni violencia»¹⁵⁷.

La Instrucción, siguiendo el espíritu y el contenido del Concilio Vaticano II, quiere también ser un instrumento para guiar a los fieles laicos a una participación activa y consciente en la celebración de la Eucaristía. La participación activa (*participatio actuosa*) de todo el pueblo santo y sacerdotal de Dios en el sacramento de la Eucaristía es una exigencia que dimana del mandato de Jesucristo a toda la Iglesia: «Haced esto en memoria mía».

A este respecto, hay que hacerse necesariamente una pregunta: ¿Qué significa participar activamente en la celebración Eucarística? Está claro, desde los textos conciliares, que dicha participación no se refiere o se reduce a un mero hacer exterior, ni a una puesta en escena en la que tienen que tomar parte la mayor cantidad de personas posibles como personajes de la acción. «La palabra “participación” remite a una acción principal, en la que todos tenemos que tener parte»¹⁵⁸: es la acción Jesucristo, el *Logos* encarnado, que hace lo que ve hacer a Dios-Padre. Se trata, pues, de participar, como Cuerpo Místico de Cristo, en su muerte y en resurrección, en la esperanza de su segunda venida. Esto es «un verdadero ejercicio de la fe y de la dignidad bautismal»¹⁵⁹. En la participación de esta «acción», «no hay diferencia alguna entre el sacerdote y el laico» [...]. La participación es igual para todos, en cuanto no la lleva a cabo hombre alguno, sino el mismo Señor y sólo Él. Para todos nosotros se trata —según se lee en *1 Cor 6,17*— de que: «El que se une al Señor es un espíritu con Él»¹⁶⁰. La participación activa consiste esencialmente en convertirse en «un cuerpo y un espíritu» con Jesucristo, o sea, en realizar en uno mismo la esencia de la Iglesia, Cuerpo y Esposa de Cristo. Por eso, se debe evitar toda especie de «clericalización»¹⁶¹ en los laicos que ejercen tareas en la celebración de la Santa Misa.

«Cuando las particulares acciones exteriores (que realmente no son muchas y se multiplican de manera artificial) se convierten en lo esencial de la liturgia, y la misma liturgia queda degradada en un genérico hacer, se malogra el verdadero teo-drama de la liturgia, que acaba reducido a espectáculo»¹⁶². De todo esto se sigue que «la verdadera formación litúrgica no puede consistir en el aprendizaje y ensayo de las actividades exteriores, sino en el acercamiento a la *actio* esencial, que constituye la liturgia, en el acercamiento al poder transformador de Dios que, a través del acontecimiento litúrgico, quiere transformarnos a nosotros mismo y al mundo»¹⁶³. Igualmente hay que destacar y promover todos aquellos ejercicios y prácticas de piedad que susciten, promuevan y alienten la disposición interior de participación litúrgica (liturgia de la horas, la piedad popular, el santo rosario, y, en especial, el culto de adoración a la Eucaristía)¹⁶⁴.

Una de las comprensiones reductivas del Misterio eucarístico más extendidas consiste en considerarlo casi exclusivamente como un encuentro convivial fraterno, privado de su valor

156 RS, 39.

157 J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 193-194.

158 *Ibidem*, 195.

159 RS, 37.

160 J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 198.

161 Cfr. RS, 43-47.

162 J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia...*, 199.

163 *Ibidem*. Cfr. RS, 170.

164 Cfr. RS, 38, 41, 129-145.

sacrificial redentor y salvífico. «La doctrina constante de la Iglesia sobre la naturaleza de la Eucaristía, no solo convivial, sino también, y sobre todo, como sacrificio, debe ser rectamente considerada como una de las claves principales para la plena participación de todos los fieles en tan gran Sacramento». La verdad sacrificial de la Eucaristía, que «es sacrificio en sentido propio y no sólo en sentido genérico, como si se tratara del mero ofrecimiento de Cristo a los fieles como alimento espiritual»¹⁶⁵, debe ser vivida en su celebración sacramental. Toda forma celebrativa que oscurezca o esconda el carácter sacrificial de la Eucaristía a favor de un simple encuentro fraternal tergiversa la trasmisión del Misterio Pascual de Jesucristo a los cristianos.

«Es verdad que la Eucaristía fue siempre y deber ser ahora la más profunda revelación de la fraternidad humana de los discípulos y confesores de Cristo, [sin embargo] no puede ser tratada sólo como una “ocasión” para manifestar esta fraternidad. Al celebrar el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, es necesario respetar la plena dimensión del misterio divino, el sentido pleno de este signo sacramental en el cual Cristo, realmente presente, es recibido, el alma es colmada de gracia y se nos da la prenda de la futura gloria. De aquí deriva el deber de una rigurosa observancia de las normas litúrgicas y de todo lo que atestigua el culto comunitario tributado a Dios mismo, tanto más porque en este signo sacramental, Él se entrega a nosotros con confianza ilimitada, como si no tomase en consideración nuestra debilidad humana, nuestra indignidad, los hábitos, las rutinas o, incluso la posibilidad de ultraje»¹⁶⁶.

Dentro de la correcta celebración de la Santa Misa, la Instrucción destaca el cuidado y la diligencia que hay que tener respecto de la materia de la Eucaristía. Pone de relieve la centralidad e importancia que tiene la Plegaria Eucarística dentro de la liturgia del Sacramento, señalando: que únicamente deben ser utilizadas aquellas que legítimamente hayan sido aprobadas por la Sede Apostólica; que la Plegaria Eucarística debe ser pronunciada exclusivamente en su totalidad por el Sacerdote, asociándose interiormente el pueblo de Dios a la oración del sacerdote; que la fracción del pan no se realiza dentro de la Plegaria Eucarística, sino dentro del rito de la Comunión, y siempre por el sacerdote celebrante, ayudado, si es el caso, por un ministro ordenado; y, por último, como expresión viva de la comunión con la Iglesia particular y con la Iglesia universal, debe mencionarse siempre en ella al Papa y al Obispo de la diócesis¹⁶⁷.

Respecto de las otras partes de la Misa, la Instrucción señala que todo debe ser preparado y realizado diligentemente. Un cuidado especial se debe a la mesa de la Palabra, ligada íntimamente a la mesa de la Eucaristía, dentro de la liturgia eucarística. La unidad de ambas mesas no debe ser rota ni temporalmente, ni por la introducción de testimonios dentro de la celebración de la Misa¹⁶⁸. La Palabra de Dios no se puede omitir o sustituir por otros textos no bíblicos. Únicamente la Palabra que sale de la boca de Dios es alimento de vida para el hombre. La proclamación del Evangelio en la celebración litúrgica, porque éste hace presente a Jesucristo maestro y pastor de la Iglesia, se reserva al ministro ordenado, al igual que la explicación de la Palabra de Dios en la homilía, cuya preparación, para bien del pueblo de Dios, debe ser realizada con esmero, a fin de que éste sea instruido en la verdad de la salvación, en el misterio de Dios y en el misterio del hombre. El ofertorio debe ser vivido como «expresión visible del verdadero don que el Señor espera de nosotros: un corazón contrito y el amor a Dios y al prójimo, por el cual nos configuramos con el sacrificio de Cristo, que se entregó a sí

165 EE, 13.

166 RH, 85.

167 Cfr. RS, 51-56, 73.

168 RS, 60, 74.

mismo por nosotros»¹⁶⁹. Otra indicación de la Instrucción es que se conserve el rito de la paz «un poco antes de distribuir la sagrada Comunión», pues tiene un sentido de comunión y de caridad, no de reconciliación¹⁷⁰.

La Instrucción dedica uno de sus capítulos a la Sagrada Comunión, recordando las disposiciones espirituales necesarias para recibir a Jesucristo sacramentado¹⁷¹. Respecto de la distribución de la Comunión, se indica que ésta corresponde al sacerdote celebrante, y que es deseable que los fieles puedan recibirla con hostias consagradas en la misma Misa. Los ministros extraordinarios de la Comunión son de naturaleza suplementaria y provisional, y según esto deben ejercer su servicio¹⁷². Recuerda también la posibilidad de comulgar de rodillas o de pie, así como de recibir la sagrada Comunión en la boca o en la mano. Como la Eucaristía es un don de Jesucristo sacerdote a la Iglesia, los fieles no deben tomar la Comunión «por sí mismos, ni mucho menos que se lo pasen entre sí de mano en mano». Para que no se confunda el banquete eucarístico con un mera comida fraternal, no se debe distribuir durante la Misa, antes de ella o inmediatamente después de ella, ya sean hostias no consagradas ya sean otros comestibles o no comestibles¹⁷³.

El sacerdote celebrante y los concelebrantes deben comulgar bajo las dos especies, siempre de las consagradas en la misma Misa. Para la comunión bajo las dos especies por parte de los fieles laicos deben siempre considerarse, convenientemente, las circunstancias, sobre las que deben juzgar en primer lugar los Obispos diocesanos. Se debe estar atento a evitar la posibilidad de profanación de las especies consagradas¹⁷⁴.

Es necesario cultivar la sensibilidad litúrgica en la sencillez, en la gravedad, en el decoro, en la acogida, en la devoción, en la belleza artística, en el servicio¹⁷⁵. Todo lo que se refiere a la Eucaristía debe ser cuidado. El lugar debe ser sagrado, y siempre digno. La celebración dominical debe expresar la Parroquia como «comunidad eucarística», por eso no deben multiplicarse las Misas sin necesidad. Deben cuidarse las vestiduras litúrgicas sacerdotales (alba, estola, casulla), los vasos sagrados, los libros litúrgicos y todos los utensilios que se utilizan para la Celebración.

Todas estas cuestiones prácticas de la instrucción *Redemptionis Sacramentum* y la riqueza del contenido doctrinal de la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* son una gran llamada a realizar la misión pastoral y a caminar en la vida cristiana con un renovado impulso, enraizado en la Eucaristía. «Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia»¹⁷⁶.

169 RS, 70.

170 RS, 71.

171 Cf. RS, 80-87.

172 Cf. RS, 146-161.

173 Cf. RS, 88-96.

174 Cf. RS, 97-107.

175 Cf. EE, 47-52.

176 EE, 59.

